Rudyard Kipling, el escritor y poeta británico, temprano Premio Nobel de Literatura (1907), tuvo un hijo, alistado voluntario para la guerra que estalló en el verano de 1914, que murió hace cien años, exactamente, en su primera acción bélica, en tierras francesas, contra los soldados del káiser, y a él le dedicó un famoso epitafio:

Si alguien pregunta por qué hemos muerto,
decidle: porque nuestros padres mintieron.

Más cerca de nosotros, en el espacio y en el tiempo, Jon Juaristi lo recreó, con intención y descaro, en un poema de 1987 («Spoon river, Euskadi»), aplicado *pro domo sua*: *Te preguntas viajero por qué hemos muerto jóvenes | y por qué hemos matado tan estúpidamente? | Nuestros padres mintieron: eso es todo*. Tras el fuerte contenido emocional y autobiográfico de ambas reflexiones se encuentran la Primera Guerra Mundial, la Guerra Civil española y la que se llamó, fue, y también acabó, *lucha armada* en el País Vasco. No han dejado de avisar también de que las malas historias dan origen a malas políticas historiadores profesionales de la envergadura de Hobsbawm: *la historia mala no es inofensiva, es peligrosa*.

Fatás y Foz, decanos paralelos y escritores públicos desde Aragón

Carlos Forcadell Álvarez
UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

Guillermo Fatás es persona pública de múltiples dimensiones y quehaceres, de las que seguramente no llegará a dar cuenta en su totalidad y en su complejidad este volumen misceláneo de colegas, discípulos y amigos, elaborado y publicado a la hora de su jubilación. No quería yo que faltara aquí una amistosa mirada sobre su condición de *escritor público*, expresión castellana ya usada por Larra, y aún antes, que prefiero sobre la denominación más convencional de *intelectual*, término gastado por el tiempo del siglo XX y por cierto perfume elitista que le ha acompañado. El escritor público, en el sentido habermasiano de la expresión hoy, más modestamente, es quien opina y debate en el espacio público para contribuir a establecer y mejorar la comunicación social y cultural de unos ciudadanos más autónomos, mejor formados y más iguales que antaño.

Pero el escritor público Guillermo Fatás Cabeza ha intervenido y opinado sobre todo lo humano, y aun parte de lo divino, durante más de medio siglo, por lo que sería inabarcable e imposible pretender un arqueo sobre tan larga y ancha presencia pública a través de la pluma, el artículo, el periódico, la radio, la conferencia, etc., unas intervenciones públicas inseparables, por lo general, de su condición de historiador, pues sabido es que el de la historia, como cualquier ámbito de conocimiento, tiene dos destinatarios

principales, la propia profesión y el conjunto de la sociedad, el público en general. De modo que me voy a circunscribir a evocar la imagen de su actividad publicística en torno a esas *malas historias*, malos usos del pasado, peligrosas mentiras, que los nacionalismos y los nacionalistas, vascos, catalanes, aragoneses..., han construido y construyen, ayer y hoy. Su atención y dedicación a esta crítica histórica y política, traducida y transmitida con regularidad al público ciudadano, han sido particularmente visibles e intensas, desde las dos últimas décadas cuando menos, lo han situado en el centro de polémicas actuales y recientes, y lo han constituido como objeto de críticas, las más de las veces de carácter informal y callejero, y de no pocos enojos.

Tampoco hay espacio, ni tiempo, ni intención, de reconstruir sistemáticamente sus intervenciones públicas sobre estos asuntos, tan numerosas como dispersas, pero sí de subrayar, desde nuestro presente, que, en sustancia, convergen y coinciden con la más reciente y avanzada historiografía, así política como cultural, sobre el sentido de las naciones y los nacionalismos en las sociedades contemporáneas; también cabe evocar e imaginar, mirando ya hacia nuestro pasado, ilustres y lejanos precedentes de la significación y función que Guillermo Fatás viene ejerciendo para la comunidad aragonesa, en concreto el de nuestro paisano Braulio Foz, catedrático experto en lenguas e historias de la Antigüedad, como él, con quien comparte la galería de retratos de decanos en la Facultad de Filosofía y Letras, al igual que la condición, pionera en su caso, de asiduo y persistente *escritor público* siempre próximo a las páginas de periódicos que, ambos, llegaron a fundar y dirigir; y, por último, los dos participan de una visión genealógicamente emparentada de los discursos de ciudadanía y nación que se elaboraron en Aragón desde la primera hora del liberalismo del siglo XIX.[1]

Si hay un ejemplo de historias malas y peligrosas es el que han dado y dan todos los nacionalismos políticos en la ocasión de inventar y construirse un origen para legitimar su presente. Los historiadores profesionales europeos han elaborado y proporcionado un caudal impresionante de investigaciones y de intervenciones públicas sobre los procesos de construcción de los Estados y las naciones modernas del que se ha hecho eco muy visible la historiografía española más reciente, subrayando las características generales de un proceso en el que siempre se han imbricado de forma compleja las identidades locales, regionales y nacionales, una perspectiva que nos va a interesar particularmente aquí. La historiografía actual sobre estos temas desemboca por lo común, como ha acertado a formular el historiador alemán Stefan Berger, en considerar que las investigaciones y representaciones del pasado no deben recrear las raíces históricas de nuestra identidad nacional, sino, por el contrario, deben dirigirse hacia la disolución de las identidades imaginadas.[2]

1 El propio Braulio Foz se declara como *Catedrático de literatura clásica griega y latina* en su hoja de servicios autógrafa de 1860, que fue encontrada por Ricardo del Arco en el Archivo de la Universidad de Zaragoza, en épocas lejanas (1953) en que tanto el Archivo como la Biblioteca de la Universidad se podían consultar con más facilidad que en nuestros días. Cabe destacar el estudio de Beltrán Cebollada, J.A.: «El arte latino, fácil y seguro de Braulio Foz (1842)», *Revista de Estudios Latinos*, 10 (2010), pp. 169-186. El retrato con el que inicia la galería de decanos de la Facultad de Filosofía y Letras fue pintado por Guillermo Pérez Bailo en 1980, a partir de una fotografía de mediados del XIX.

2 Para Francia, ya desde Agulhon, M.: «Conscience nationale et conscience regionale en France de 1815 à nos jours», en *Histoire Vagabonde*, 2, París, Gallimard, 1988; o el estudio clásico de Thiesse, A.M.: *Ils aprennaient la France. L'exaltation des régions dans le discours patriotique*, París, Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme, 1997; en Alemania el proceso es simultáneo, aunque parta de presupuestos distintos. Véase Tacke, C.: «The nation in the region. National movements in Germany and France in the 19th century», en Beramendi, J. / Máiz, R. / Núñez Seixas, X.M. (eds.): *Nationalism in Europe. Past and Present* (Cursos e Congresos da Universidade de Santiago de Compostela, 84), 2 vols., Santiago de Compostela, Servicio de Publicacións e Intercambio Científico, Universidade, 1994, vol. 1, pp. 691-703; Applegate, C.: *A Nation of Provincials. The German Idea of Heimat*, Berkeley, University of California Press, 1990; o la síntesis de Haupt, H.G. / Müller, M.G. / Woolf, S. (eds.): *Regional and National Identities in Europe in the XIXth and XXth Centuries*, La Haya, Kluver Law International, 1998. La recepción de esta historiografía en el núm. 64 de la revista *Ayer* (Madrid, 2006), *dossier* sobre *La cons-*

Y ahora toca hacer un ejercicio de memoria personal, exigible a quienes hemos compartido las experiencias, culturales y políticas, de una misma generación, aunque también va a ser parcial en este caso, al igual que el enfoque aquí seleccionado para recomponer algún perfil del historiador y ciudadano público al que hoy queremos reconocer y celebrar. En 1997 tuve la oportunidad de dirigir por primera vez un curso en la Institución Fernando el Católico, siendo entonces director Guillermo Fatás, que lo fue entre 1993 y Navidades de 2000, fecha a partir de la cual comenzó su andadura de director de *Heraldo de Aragón* hasta el año 2008; el curso trató, precisamente, sobre *Nacionalismo e Historia* y se celebró en una repleta Aula Magna de la Facultad de Filosofía y Letras, porque el tema tenía actualidad académica y política: cabe recordar el tremendo impacto en la opinión pública que causó unos meses más tarde, verano de 1997, el asesinato de Miguel Ángel Blanco, cargadas las pistolas y las cabezas de sus ejecutores de tantas historias falsas y peligrosas. Al año siguiente se publicaron las correspondientes actas y, en su nota preliminar, veo que yo mismo aludía *al interés y la actualidad del tema, que los meses transcurridos desde entonces no han hecho sino reforzar*, y agradecía, como cumplía, el apoyo de la IFC y, de modo particular, *la sensibilidad de su director, Guillermo Fatás hacia estos temas*.

Entre los historiadores se incrementaban el interés, la investigación y el debate sobre los procesos de construcción de las identidades nacionales y la explicación de los nacionalismos políticos. José Álvarez Junco pensaba y escribía su *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX,* que publicaba Taurus en 2001 y marcaba el territorio de la reflexión historiográfica profesional para la década siguiente. En 1999 presté atención, por vez primera, a la persona y obra de Braulio Foz, con ocasión de responder al encargo de hablar sobre «La historiografía en el Reino de Aragón y el nacionalismo español», en un Congreso sobre «Nacionalismo e Historia en la España del siglo XIX» reunido en la Universidad de Salamanca. Mi relectura e interés por los textos de este escritor público, liberal emigrado a Francia, militante anticarlista, catedrático de Griego en la Universidad de Zaragoza, novelista, director de periódicos progresistas... siguió aumentando, y aun se vio avivada cuando las tentaciones nacionalistas de un aragonesismo político que llegaba a obtener entre un 20 y un 25% de los votos en la comunidad aragonesa lo hacían objeto de un elemental fraude intelectual al presentarlo como primer eslabón de una pretendida *construcción de una historiografía nacional aragonesa*.

Guillermo Fatás, por esas mismas fechas, estaba muy atento a estos temas, tanto desde la Institución Fernando el Católico como desde su siguiente función de asiduo escritor de artículos y director de *Heraldo de Aragón* (2000), con esa hibridación compleja que se daba, y que se debe dar, entre el plano académico y el escenario público, de la que, para nuestro tiempo y para nuestro espacio, zaragozano y aragonés, Guillermo ha constituido un destacado ejemplo profesional y ciudadano.[3]

trucción de la identidad regional en Europa y en España (siglos XI y XX), coordinado por X.M. Núñez Seixas. Finalmente, Berger, St.: «Narrating the Nation: Historiography and Other Genres», en Berger, S. / Eriksonas, L. / Mycock, A. (eds.): *Narrating the Nation. Representations in History, Media and the Arts*, Oxford (Nueva York), Berghahn Books, 2008.

3 Forcadell, C. (ed.): *Nacionalismo e historia*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1998; mi texto sobre «Las fantasías políticas del aragonesismo político» (pp. 143-161), levantó críticas y enfados de los sectores identificados como tales en aquel momento. La atención al tema y al bajoaragonés de Fórnoles continuó en «Los historiadores aragoneses del siglo XIX: las otras *anticipaciones* de Braulio Foz», en Mainer, J.-C. / Enguita, J.M. (eds.): *Entre dos siglos: literatura y aragonesismo*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2002, así como en el libro coeditado con M.C. Romeo titulado *Provincia y nación: los territorios del liberalismo,* Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2006, y en la más definitiva edición crítica de textos de Braulio Foz que inauguró la colección Historiadores de Aragón dirigida por I. Peiró: Forcadell, C. / Maza, V. (eds.): *Historia y política. Escritos de Braulio Foz,* Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2007. Cabe observar y destacar el protagonismo editorial que ha tenido la Institución Fernando el Católico en la publicación de estos temas.

fig. 1. *El decano Braulio Foz*, por Guillermo Pérez Bailo. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Zaragoza (fot. Encuentros).

Liberales aragoneses como Braulio Foz (1791-1865), Manuel Lasala (1805-1874), Jerónimo Borao (1821-1878), de modo similar a otros anteriores activistas liberales que también comenzaron a recurrir al recuerdo de la historia de Aragón (Calvo de Rozas, Antillón, Romero Alpuente...) eran, como es propio en el mundo de la Ilustración tardía y del primer liberalismo, escritores que siembran su discurso en una muy amplia dispersión de géneros y de escenarios: verso, teatro, artículos de periódico, discursos académicos o políticos, escritos de historia, novelas...; pero también fueron los primeros que practicaron un uso público y político del pasado aragonés, interpretado y leído como legitimación y fuente del liberalismo político, también del romanticismo, y del nuevo nacionalismo español.

fig. 2. *El decano Guillermo Fatás*, por Guillermo Pérez Bailo, 1989. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Zaragoza (fot. Encuentros).

Todos ellos eran bastante conscientes de que su tarea, entusiasta en ocasiones, consistía en incorporar elementos políticos identitarios procedentes de un idealizado y recreado pasado medieval aragonés al nuevo liberalismo y al nuevo nacionalismo que estaban construyendo en comunión, política e historiográfica, con otros políticos, escritores, publicistas o historiadores de los demás territorios, las antiguas *provincias* de la vieja monarquía; algo que fue también evidente para la historiografía posterior, pero que ha sido necesario volver a recordar más recientemente ante las falsificaciones del pasado a las que ha conducido tanta obsesión identitaria, quizá certificando los pronósticos de un venerable sociólogo, Zygmunt Bauman, polaco y británico (como el novelista Conrad), según el cual, y en un libro titulado precisamente *Identidad* (2005), *uno solo*

investiga a fondo el valor de algo cuando se desvanece ante nuestros ojos, cuando desaparece o se desmorona.

Braulio Foz es el primer escritor aragonés que convierte la historia de Aragón en un activo importante para el primer proyecto liberal de la nación española, y la divulga conscientemente, en el libro, el periódico, el panfleto, porque entiende que esa primera opinión pública liberal, en Aragón y en España, por reducida que sea, debe formarse en las enseñanzas del pasado que se desprenden de su relato y de sus interpretaciones, para actuar políticamente en el presente como Foz entiende que se debe actuar. La historia se convierte en este periodo en una de las principales fuentes de legitimación para el liberalismo español y europeo. En Europa la historia se va convirtiendo en el gran referente e inspirador del presente. Y también ocurre en España, donde, como en el caso de Braulio Foz, y desde otras provincias españolas y en otros escritores públicos similares a Braulio Foz, la historia también respaldará los proyectos nacionales y políticos del liberalismo.

El año 1835 fue decisivo para la revolución liberal española, que transitaba desde las moderadas reformas del Antiguo Régimen dirigidas por las elites y albergadas por el régimen político del Estatuto Real (1834), hasta la decidida ruptura liberal impulsada por las movilizaciones e insurrecciones liberales que desembocará institucionalmente en la elaboración y aplicación de la Constitución progresista de 1837. La ciudad de Zaragoza desempeñó un claro protagonismo nacional en estas movilizaciones políticas antifeudales y anticarlistas. Es también un momento clave en la biografía y actividad pública de Braulio Foz, que se reincorporó, precisamente ese agitado año 1835 –después de largas estancias en Francia, como preso hasta 1814 y como emigrado algunos años después de 1823– a su cátedra de Griego en la Universidad zaragozana, con una vehemente militancia liberal, que incluso le llevaría algunos meses a la cárcel por haber acusado de afinidad con la causa carlista a algunos de sus compañeros del claustro universitario, en un artículo periodístico publicado en 1836 en *El Constitucional Aragonés* (16 de septiembre).

A partir de ahora, Foz se va a inclinar decididamente a intervenir en política mediante su instrumento predilecto, la escritura; de modo que uno de sus primeros textos de intervención política fue un panfleto concebido como arma de combate contra el amenazador y cercano proyecto carlista, publicado en 1835: un folleto poco conocido y de difícil localización, que es un alegato anticarlista, pero también, y es esto una radical novedad, una refutación de las primeras formulaciones de un temprano prenacionalismo vasco. En efecto, en 1834, un vascofrancés, natural de Soule, llamado Joseph Augustín Chaho, que acude presto a participar como voluntario en la insurrección carlista, publicó en París un libelo titulado *Palabras de un vizcaíno a los liberales de la Reina Cristina,* en el que reúne por primera vez muchas de las invenciones del nacionalismo vasco, como nos explican los estudios más sólidos y recientes de los historiadores vascos. J. Juaristi le presta especial atención en su conocido estudio sobre *la invención de la tradición vasca*, donde advierte que *el linaje de Aitor* –ese antepasado soñado como distinto del de los españoles (Túbal)– data de 1834, *año en el que un oscuro libelista llamado Chaho comenzó a soñar nuestra pesadilla.*[4]

Pues allí estaba alerta Braulio Foz, quien se apresuró a traducirlo al castellano y a publicarlo, acompañado de una crítica demoledora, de una refutación de sus tesis tan extensa como erudita y apasionada, todo ello a sus propias costas, en una imprenta de Barcelona y en 1835, un texto de combate e intervención política en plena guerra civil, que lleva el significativo título de: *Palabras de un vizcaíno a los liberales de la reina Cristina que ha publicado en París M.J.-A. Chaho, traducidas y contestadas por D. B. Foz, autor de los derechos del hombre.*

4 Juaristi, J.: *El linaje de Aitor. La invención de la tradición vasca,* Madrid, Taurus, 1987, la cita en la p. 290. *Vid.* también «Joseph Augustín Chaho, las raíces antiliberales del nacionalismo vasco», *Cuadernos de Alzate*, 1 (1984-1985), pp. 72-77.

Y Foz recurre a la historia, para sostener que los fueros medievales no pueden ser en ningún caso expresión o fundamento de ninguna clase de soberanía originaria privativa, ni de privilegios particulares; y también para demostrar que *tienen los de Aragón* (*dice Mariana*) *y usan leyes y fueros muy diferentes de los demás pueblos de España, los más a propósito de conservar la libertad contra el demasiado poder de los reyes*, los cuales tuvieron una existencia mucho más visible –para el poder real de los Austrias– que los tan evocados posteriormente por la reacción carlista y antiliberal en las provincias vascas y Navarra. No se trata de oponer fueros (territoriales) y constitución liberal (española), como proponía el proyecto contrarrevolucionario, sino de dotar a la nueva constitución política de la nación de antecedentes prestigiosos, o incluso presentarla como la restauración de aquellas leyes del pasado, idealizadas como modelo de equilibrio entre nación y monarquía, de proporcionar al liberalismo una determinada tradición encarnada en las libertades populares perdidas por doquier, propia y característica de las recreaciones liberales de un imaginado pasado nacional español, a cuya construcción Foz contribuye desde su presente político aragonés y desde su evocación del pasado medieval del Reino. Su obra es, hoy, el mejor observatorio para analizar cómo y en qué términos se comenzó a proyectar la integración del pasado aragonés, y el mantenimiento de una identidad aragonesa reformulada, en la nueva nación liberal española de la que era, como todos los liberales, decididamente partidario y por la que combatió contra el absolutismo y el carlismo.

Su apasionada refutación de las *Palabras de un vizcaíno* que el carlista y protonacionalista vasco J.-A. Chaho dirige a los liberales de la reina Cristina, escrita en los momentos más centrales de la guerra civil (1835), es la ocasión para desarrollar y razonar, por primera vez, un proyecto liberal nacional para el que la tradición foral aragonesa había de constituir un precedente muy visible y preclaro. El argumento principal de Chaho, en el contexto de su intervención a favor del bando carlista en que escribe su libelo, consiste en sostener que los carlistas vascos luchan por la independencia de sus provincias, por una constitución ancestral que, según él, es anterior y superior a las constituciones modernas (los *derechos históricos*, pues). Esta idea central está adornada en el texto del francés por peregrinas disquisiciones históricas, posteriormente asumidas por los primeros *bizcaitarras* sabinianos.

El análisis de la guerra civil, de su significado y motivos, y el combate contra el carlismo, componen el marco en el que Braulio Foz revaloriza las tradiciones políticas del Aragón medieval; introduce un pequeño prólogo con carácter de intervención política en el que va al fondo de la cuestión, antes de pasar a traducir y refutar, párrafo por párrafo y en extensas notas, el texto de Chaho. El núcleo de la crítica política de un liberal a un carlista es negar que los insurrectos luchen por sus *fueros*: *los navarros y los vizcaínos no pelean por sus fueros y privilegios, porque ni se los habían quitado ni ellos dijeron nada en su insurrección*; tampoco pelean por los derechos de Don Carlos, *pues no tiene ninguno por sí ni ellos pueden dárselos*, por lo que combaten es *por hacer triunfar el absolutismo contra la justicia, los gobiernos despótico-divinos contra los sistemas libero-racionales*, como en el conjunto de Europa, y por eso, observa Foz, *en las provincias bascongadas pelean, desde Lisboa hasta San Petesburgo, todas las naciones de Europa, todos los gobiernos, todos los pueblos*, en una guerra a la que acudieron observadores y voluntarios de todos los países y de la que la historiografía actual destaca la dimensión europea de la reacción y de la contrarrevolución.

Si en la guerra civil lo que se dilucida es si España ha de ser gobernada *por leyes justas con una libertad moderadora* o por el antiguo despotismo, *¿qué pito tocan aquí los fueros y los privilegios de vascos y navarros?*, se pregunta el libelista Foz, pasando naturalmente en su discurso de la intervención política a la crítica histórica, pues es en asertos y legitimidades históricas donde se fundamentan los argumentos del procarlista vascofrancés: las provincias vascongadas nunca *han*

formado por su libertad una nación independiente, los vascos no son *representantes de la nacionalidad ibera*, le producen una especie de estupor conmiserativo las afirmaciones de Chaho de que *entre los bascos florece eternamente la democracia pura y sin mancilla de los iberos nuestros mayores*, o la de que sean un pueblo *que ha atravesado cincuenta siglos sin influencia de los bárbaros*.

Y es aquí donde entra el recuerdo y la reivindicación de los fueros aragoneses; en hablando de privilegios y de fueros, a la hora de explicar que no tienen nada que ver con los motivos de la guerra carlista, a Foz se le enciende la sangre, *porque ni aragoneses, ni catalanes, ni castellanos tuvieron menos fueros y libertades*, y *si este buen hombre hubiera leído la historia de Aragón y Cataluña, hallará cosas aun más fuertes en defensa de las libertades nacionales contra la arbitrariedad o violencia de sus reyes*; incluso se impone el tono combativo contra los particularismos vascos exhibidos por Chaho, contra el que Foz sostiene, más generosamente, que la libertad *la inventaron nuestros abuelos en los montes de Aragón y Asturias*; lo que está haciendo, frente a los mitologemas de origen del nacionalismo vasco, es contraponer otros similares con origen y función común para todos los territorios del nuevo Estado nacional español.

Algunas admoniciones de Foz tienen una extraña resonancia actual, como cuando contra los imaginados vascos de Chaho le espeta: *¿Pueden ellos mudar el derecho público de España?*, que en el momento era el Estatuto Real, como poco después será la Constitución de 1837; los vascos, lo que tienen que hacer es hacerse *cargo que no son de mejor condición que los demás españoles para no desentenderse de las obligaciones sociales, pues si se niegan a pagar la contribución ordinaria, y otro tanto hicieran Aragón, Cataluña, Castilla... y demás provincias que en algún tiempo han tenido este fuero* [...] *¿qué será del gobierno, qué de la nación, qué del respeto y el decoro nacional, qué del vigor militar y político, qué, en fin, de España y los españoles*.[5]

El proyecto nacional español es indiscutible, en la obra de Foz y en el proyecto liberal, y la propia unidad española se entiende como un destino manifiesto al igual que en todos los nacionalismos europeos y americanos del Ochocientos. Foz escribe que: *es la intención de la naturaleza que dividió la península ibérica de todos los reinos del mundo con los Pirineos, el Mediterráneo y el Océano*, que son las mismas concepciones, y casi las mismas palabras, que se encuentran en el prólogo de don Modesto Lafuente a su *Historia General de España* escritas doce años más tarde. Aún añade Foz, prefigurando el posterior iberismo progresista y republicano, que *el Portugal es un yerro, una irregularidad, un absurdo; y cuando los españoles tengamos leyes justas y sabias* [...] *entonces podremos decir a los portugueses que miren si les estará mejor pertenecer políticamente a la gran nación española, dejándose de singularidades*. En fin, Braulio Foz comparte los mismos presupuestos teóricos y conceptuales de la historiografía nacional y nacionalista española (y europea) que se está escribiendo desde mediados del XIX.

5 Todas las citas de Braulio Foz en la reproducción de su panfleto en Forcadell, C. / Maza, V. (eds.): *Historia y política...*, *op. cit.*, pp. 71-103. En el mismo contexto de liberalismo militante, y en la estela de su anterior y reciente recordatorio y defensa de los fueros aragoneses frente a la manipulación de los fueros vascos por el carlismo de Chaho, Foz escribe su principal aportación a la divulgación de la historia de Aragón: *Idea del Gobierno y Fueros de Aragón*, un pequeño volumen de 160 páginas en octavo que publicó en la imprenta de su paisano, correligionario y amigo Roque Gallifa, en 1838, escrito, como recuerda doce años después, en 1850, *a sangre caliente y muy aprisa*, excitado este buen polemista y panfletista porque cuando, por esas fechas, se remitió una exposición al Gobierno suscrita por *los diputados y senadores de Aragón*, un periódico de la Corte ofendió su sensibilidad al escribir que deberían decirse *los senadores y diputados de las provincias de Zaragoza, Huesca y Teruel, porque el nombre de Aragón debería dejarse y quedar olvidado*. Braulio Foz va a reutilizar este texto en la ocasión de publicar la *Historia de Aragón compuesta por A. S. y corregida, ilustrada y adicionada por D. Braulio Foz,* catedrático de Lengua Griega de la Universidad de Zaragoza, cuyos primeros volúmenes salen de la imprenta de Roque Gallifa en 1848; a esta revisión de la obra de Antonio Sas, originalmente publicada en 1797, Foz añade como tomo V una revisión de su libro de 1838, con el título de *Del Gobierno y Fueros de Aragón*.

Ante la figura del Justicia, el principal mito identitario aragonés, y a la vez que contribuye a su recuperación, Braulio Foz propone, en este caso, la generalización de la institución a todos los territorios: *¡qué falta hace un Justicia de Aragón entre nosotros en el día, y más en Cádiz, en Málaga y en Barcelona!* Estas memorias particularistas no son antagónicas con la memoria nacional que se está construyendo, sino que se proponen competir por constituirla, y generan y expresan patriotismos dobles, compartidos o subordinados, lealtades compatibles y concéntricas... De lo que se trata es de participar en un proyecto nacional y liberal compartido, pero desde una actitud celosa y orgullosa de las propias tradiciones identitarias, puestas al servicio de la nueva nación y de su nueva ordenación política.

La disposición de Braulio Foz a ilustrar a sus conciudadanos alberga una cuidada atención a lo que hoy llamaríamos *políticas de la memoria*: al calor de los sucesos de 1840 propuso que la Junta Regional de Aragón se constituyera como instancia política estable con el nombre de *Diputación General de Aragón*, que él extraía de su conocimiento del pasado medieval del Reino y que hoy es la denominación política e institucional que ha prevalecido; o sostiene que el Salón de Santa Engracia sea bautizado como *Paseo de la Independencia* tempranamente (*El Eco de Aragón*, 12-III-1841), no solo por el recuerdo de la heroica gloria de los Sitios, sino también porque fueron las destrucciones de la guerra las que abrieron el futuro espacio urbano, lo cual incorporará el Ayuntamiento zaragozano al callejero y a la memoria ciudadana veintidós años después, en 1863.

Las formas de combinación entre el patriotismo local y la participación en la cultura y en la política comunes se articularon en formas particulares y propias en función de la estructura y del pasado de los distintos territorios, y esto desde la misma matriz constitucional gaditana; *es sabido que todo el proceso de compleja crisis de la monarquía y de debate constitucional que se produce en España entre 1808 y 1812 está plagado de referencias forales. No solo vascas, evidentemente, sino también, y sobre todo, catalanas, aragonesas, valencianas, navarras o asturianas*. La misma comisión constitucional, al presentar su proyecto, abre el *Discurso Preliminar* subrayando que no hacía otra cosa que enlazar, coser y urdir *con armonía y concordancia cuanto tienen dispuesto las leyes fundamentales de Aragón, de Navarra y de Castilla en todo lo que concierne a la libertad e independencia de la nación, a los fueros y obligaciones de los ciudadanos*.[6]

Si el retrato real del decano Guillermo Fatás (1986-1988) sucede, más de un siglo después, al retrato inventado del decano Braulio Foz (1861-1863), nada impide considerarle también como un descendiente genealógico del mismo desde su situación de escritor público aragonés adaptado al paso del tiempo y de la historia; ambos trasladaban sus recursos de profesores al espacio público, reiterando con insistencia, como lecciones cada curso repetidas, convicciones tan básicas para la modernidad como entender que los fundamentos de la comunidad política se han de localizar en el *Demos* de la ciudadanía compartida e inclusiva y no en el viejo *Etnos* de la diferencia separadora o de la homogeneidad identitaria: de raza, de género, de clase, de religión, de territorio, o de pasados inventados y manipulados.

El centenario del estallido de la Gran Guerra está contribuyendo a hacer más visibles y presentes las raíces de la catástrofe europea. Releer la novela de Erich María Remarque (1929) nos sitúa en un buen observatorio por muchas razones, como, por ejemplo, las que refleja este diálogo en las trincheras entre soldados alemanes:

> *—Es curioso pensar en eso. Nosotros estamos aquí para defender nuestra patria, pero también los franceses defienden la suya. ¿Quién tiene razón?*

6 Portillo, J.M.: «De la Constitución a la administración interior. Liberalismo y régimen foral vasco», *La cuestión vasca: una mirada desde la historia,* Lejona, Universidad del País Vasco, 2000, pp. 37-48. Imprescindible, además, su *Revolución de nación. Orígenes de la cultura constitucional en España, 1780-1812,* Madrid, Boletín Oficial del Estado / Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2000.

—Quizá unos y otros –afirmó Kropp sin convicción.

—Es cierto, pero los profesores, los pastores y los periódicos nos dan la razón a nosotros, mientras que los profesores, los pastores, los periódicos franceses pretenden ser ellos los que tienen razón. ¿Cómo te lo explicas?

Y de eso se sigue tratando, de explicarlo, para seguir desmontando la perdurable incapacidad de los historiadores, en la academia y en la calle, para escapar al bloqueo cognitivo para la comprensión del pasado que el prisma nacional, una de las mayores fábricas de *malas historias*, ha llevado siempre consigo.[7]

7 Latines escritos, ya hace casi medio milenio, para el amigo Guillermo, advirtiendo sobre la mala práctica de un historiador: *... non oculum ad veritatem adjicit, sed ad decus illius nationis* [...] *stulti non intelligunt hoc non esse historiam scribere, sed causam illius gentis agere, quod patroni est, non historici.* Luis Vives (1531), *De disciplinis*, II, VI, 4.